

COMIDA DE DESPEDIDA

Carlos Gómez Díez

Enrique no sabe por qué ha dormido tan mal en ésta su primera noche de jubilación, pero sospecha que la causa es la comida de despedida que hoy le ofrecerán sus ya excompañeros de Universidad.

En el autobús observa los rostros marchitos y demacrados de los otros viajeros y se siente ya, de golpe, parte de su nuevo ejército de jubilados, soldados derrotados, expulsados del frente y condenados a vagar sin rumbo detrás de las líneas, sin poder ya nunca más luchar en otra batalla perdida.

No acude directamente al restaurante, se ha permitido un último placer antes de la comida: una visita inesperada al departamento para despedirse de aquellos que le anunciaron muy compungidos que no podrían pasarse por el restaurante.

En realidad, el placer que Enrique quiere gozar es el de anular las coartadas de aquellos que se inventaron un falso viaje o una inexistente reunión.

No le ha traicionado su intuición, allí están la mayoría, sin saber dónde esconderse o qué excusa falsa esgrimir ante su viaje anulado o su reunión aplazada.

Enrique les sonrío y, con el tono más irónico de que es capaz, les asegura que lo comprende, al mismo tiempo que niega con su entonación lo que afirman sus palabras. Ha disfrutado mucho contemplando sus rostros sonrojados y escuchando su voz titubeante.

Ha dejado para el final la visita al jefe de departamento. 35 años de servicio y no ha sido capaz de bloquear su agenda para ir a su comida de despedida.

La excusa del jefe suena creíble, y su rostro y su entonación no la desmienten. Nada mejor que atribuir al decano la petición de un informe urgente de última hora para explicar por qué tuvo que anular la reunión ineludible que le impedía acudir al restaurante.

No quiere abandonar la Universidad sin despedirse del decano y agradecerle el amable correo que le ha enviado. El decano es un hombre muy ocupado y no puede permitirse el lujo de despedirse personalmente de los trabajadores que se jubilan, aunque lleven 35 años de servicio.

Sin embargo, Enrique cree que puede encontrarlo a esa hora en la cafetería del campus y no se equivoca. No le robará mucho tiempo, lo justo para darle las gracias, despedirse y ofrecer su ayuda en el informe urgente que ha pedido al jefe de departamento.

Cuando el decano niega todo conocimiento sobre el informe, Enrique abandona la cafetería con el rostro iluminado por una sonrisa y la duda de si el decano le dirá algo al jefe de departamento. Desearía que sí, pero comprende que es un hombre muy ocupado.

Enrique da un último paseo por el campus. Reconoce a algunos alumnos, siente que sus miradas lo atraviesan como si fuera transparente y es entonces cuando constata que él ya no está allí, se ha convertido en una hoja seca más, como las que ahora, y ante su mirada nostálgica, están cayendo arrancadas por el viento y el otoño.

Sabe que nunca volverá a pisar el campus, pero se engaña convenciéndose de que sí, de que regresará algún día a saludar a los colegas, algún día que tenga que pasar por la zona y, por supuesto, cuando lleguen las despedidas de Ignacio e Inma, que serán el próximo curso.

Enrique no sabe qué va a hacer a partir de mañana. Sabe que mañana, por primera vez en 35 años, no va a hacer nada, nada en absoluto.

Enrique vive solo, está divorciado y no tiene hijos, ni siquiera, hermanos. Enrique está tan solo como se puede llegar a estar en mitad de una gran ciudad.

Tal vez debiera cambiar eso y conocer a alguna jubilada con la que viajar a Benidorm, bailar y llevar una alegre vida de jubilado. Tal vez, en primavera. De momento Enrique no quiere pensar en nada, desea alcanzar el nirvana si supiera cómo.

Al fondo vislumbra el cartel del restaurante. Le conmueve que Corcuera y Rodríguez hayan venido a su despedida: viven a más de 300 kilómetros. Llevan tiempo jubilados. Estarán sentados a ambos extremos de la cabecera reservada para él. Serán tres muertos vivientes contándose historias

del siglo pasado protagonizadas por personas que nadie más que ellos recuerda, tres supervivientes de una tribu extinguida hablando un idioma que nadie más comprende y que desaparecerá con ellos.

Los demás reirán sus historias sin entenderlas, tan solo por complacerlos, para acelerar con su asentimiento el sellado de la pirámide donde descansarán las tres momias.

Los nuevos se sentarán todos juntos al fondo de la mesa. Hablarán entre ellos en susurros por miedo a encabezar alguna vez el hilo dominante de la conversación. Reirán cuando los demás rían y no perderán de vista a sus directores de tesis.

Le ha parecido divisar a Leire justo en el momento en que entraba en el restaurante. Leire es la secretaria. A Enrique le resulta irónico que su jefe no acuda a la comida y que delegue en ella este tipo de eventos. Leire siempre se ha mostrado fría y eficaz en el trabajo: un robot bello y eficiente

Enrique la imagina ocultando la bolsa con su regalo bajo la mesa y hablando con sus compañeros de mesa del tema de siempre: sus hijos.

Enrique se detiene ante el escaparate de una tienda. Piensa en el regalo que le habrán comprado. Tal vez sean dos bastones de marcha nórdica o un reloj con el nombre del departamento grabado. Y, por supuesto, una postal dedicada con la firma de todos ellos, especialmente la de los ausentes en la comida.

Y es que Enrique percibe que él ya ha vivido esta misma despedida en las despedidas de los demás: en las de Corcuera y Rodríguez y en las de otros que ya no recuerda porque entonces él se sentaba en la esquina de los nuevos.

Como si fuera el guionista de su propia despedida Enrique puede anticipar todas las conversaciones mientras se contempla en el escaparate de una tienda de moda: sesentón, marchito, ojeroso, devastado por el implacable paso del tiempo, triste y melancólico por el peso de los recuerdos y las frustraciones.

Y siente que volverá a vivir su despedida en la despedida de otros y, como una revelación, Enrique se da cuenta de que no desea ir a su despedida, que su despedida ya fue y que será y que no quiere que sea.

Y lo lamenta por Corcuera y por Rodríguez, que han venido desde lejos, y por otros a los que quizá no vuelva a ver. Y se alegra por algunos a los que no quiere volver a ver nunca más.

Enrique se gira. Siente que camina más ligero, más libre, como si hubiese lanzado lejos de sí un peso voluminoso que ralentizaba su paso.

Al dar la vuelta a la esquina Enrique se da de bruces con su ya exjefe de departamento.

Al final, los remordimientos o quizá una llamada del decano, le han hecho variar de opinión. Tras ser refutada su falsa coartada, no puede comprender cómo Enrique camina en sentido opuesto al restaurante.

- ¿No vas a tu despedida?
- No. Discúlpame ante los demás. No me quiero perder ni un minuto del resto de mi vida.